



—¿Y tú no regateas este año, Polito?

—No, chica. ¿Para qué voy a perder el tiempo, si al final no le daré al pobre hotelero ni un sólo céntimo?

Dib. BOSCH.—Barcelona.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 esetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

REDACCION Y ADMINISTRACION

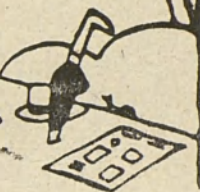
Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

PAPEL
DE
FUMAR
BAMBÚ

LOs TAMOSos
POLVOS INSECTICIDAS
LEYER & COMP^a
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS



SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

20.—De hambre que tenía

SILLAS
MES
PABLO B CUENTA

21.—A consecuencia del vicio

Garrote
Granero
1000

22.—Un oficio

NA NOTA DA

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solu-
ción que se nos remita con destino
a nuestro CONCURSO DE PASA-
TIEMPOS del mes de septiembre.



23.—¿Vienes a paseo?

N
Melón
CALLE
G

24.—¿Usted que és?

TREN
ROBAN
O

25.—¿Habrá regresado ya, Paco?

TRIBU
A
SELLO



—¡Ay, señor! En este momento un ómnibus acaba de matar a un se-
ñor anciano, de barba...

—¿Viejo y con barba?... ¿Está usted segura de que no era yo?

Perfumeria "Belleza"



PARIS y BERLIN
gran premio y meda-
llas de oro

Exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA (Registrado)

DEPILATORIO BELLEZA.—Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, nuca, etc., sin perjudicar al cutis por delicado que sea. Resulta dos rápidos, prácticos y sin molestia alguna. Único que ha obtenido Gran Premio.

SIRIO BELLEZA (contra las canas).—A los pocos días de usarlo desaparecen las canas, devolviéndoles su primitivo color con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana se evitan los cabellos blancos, pues sin tñirlos les da vida y color. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia, ni engrasa.

TINTURA WINTER, marca BELLEZA. Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño na-

tural y castaño claro. Es la mejor, más práctica y más económica.

CREMA ANGELICAL CUTIS (líquida) y **ALMENDROLINA BELLEZA** (pasta-espumilla).—Dan al cutis blancura natural y finura envidiables sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.*), dando al cutis belleza y distinción (*blanca, rosada y Rachell*).

LOCION BELLEZA.—Con perfumes de frescas flores. *Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis.* Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva.

FIJADOR BELLEZA.—Mantiene fijo el peinado todo el día. Cabello con brillo y elegante.

AGUAS DE COLONIA, marca BELLEZA

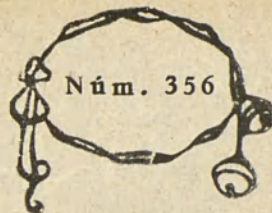
ROSAS Y CLAVELES.—Reproduce el perfume intenso de los rosales de España, a la vez que la delicada fragancia del clavel blanco.

AROMAS DEL MONTE.—La más alta concentración, perfume incomparable, aristocrático, intenso y varonil.

FLOR SELECTA (extra-añeja).—Constituye un incomparable bouquet, fino y de gran fijeza y originalidad.

DE VENTA en las principales Perfumerías, Droguerías y farmacias del mundo
En MEJICO: Cuspinera Forrellad y Morera, 6.^a calle del Pino, 233.—En BUENOS AIRES: Rogelio Mars, González Díaz, 669.—En LISBOA: Luciano Lourenzo, Avenida da Liberdade, 18

Fabricantes: REGENTE HERMANOS, San Isidro, 13, Badalona (España)



CHARLAS DOMINICALES

Si tuviésemos el satánico poder del "Diablo Cojuelo", y nos fuera dable levantar, no los tejados de las casas, sino las lóvedas craneanas de los padres de familia, el espectáculo sería sorprendente.

En todos los cerebros paternos veríamos grabada esta misma y única idea:

—¡Quién fuese *Bienvenida!*...

La suerte del antiguo matador de toros, al salirle dos *ases de espadas* en la familia, es verdaderamente envidiable.

Entre tener estos dos hijos y disfrutar de un *nene* cabezudo, raquítico y atacado de "bachillerato universitario", existe un abismo de diferencia. Con ventaja, como es lógico, para el padre de los primeros.

¡Ahí es nada!... Disfrutar del halago de dos pimpollos, que toreaan, que matan, que entusiasman a la gente, y que se traen a casa diez o doce mil pesetas cada domingo.

Entre recibir dinero dominical de los hijos a tenerles que dar unos duros todos los domingos, vuelve a existir otro abismo.

Y no sólo mirando las cosas tan *materialmente*, se nota la diferencia.

Desde el lado *romántico* y de *arte*, también es más lucido decir en una visita:

—¡Anda, niño: dá dos *pases naturales*, con la izquierda, para que te vea este señor!...

Que no exclamar, animando al futuro y *bachiller* bachiller:

—Dile a esta señora cuánto va en, *aproximadamente*, los tres ángulos de un triángulo.

El *lucimiento* es mayor en el primer caso. Y los señores de

la visita vislumbran al través de aquellos *mantazos* un porvenir dorado, o por lo menos *cárdeno oscuro* (vulgo *cardenillo*).

Por eso, sin duda, el deseo más vehementemente de todos los deseos paternales es, hoy, el de tener hijos *prodigiosos*.

La familia en la que caen *ases* es mucho más feliz que aquella otra en que abundan las *sotas*... Carta por carta, la mejor para ganar es aquella. El *as* lo resuelve todo en el hogar; y el padre hace con él las *dies de últimas*...

Y como en esta España la manifestación más frecuente de arte es la torera, todos los padres esperan una revelación taurina en su prole.

Más conservadoras las madres, sue-

len regañar a los chiquillos cuando estos traen la ropa agujereada por los cuernos de la banasta, después de jugar *al toro*.

Los padres, en cambio, suelen decir a la mamá del valiente retoño:

—¡Déjale que se acerque, a ver si nos sale un *Corrochano chico!*...

Y, en efecto, el diestro en ciernes, se estira, se encoge, se retuerce, saca la mandíbula *belmontina*, y... no pasa de ser el *Cagancho* del barrio en que la lidia se verifique...

Realmente, es cosa difícil conseguir que los hijos de corta edad vistan *de corto*, destaquen de los demás y resuelvan el problema de las subsistencias... Por eso el nombre de *Bienvenida* es la obsesión cerebral de muchos ciudadanos.

Hasta que un hijo de los corrientes termine su carrera de abogado, haga oposiciones y gane una *plaga*, no tan grande como la de Madrid en que triunfan los *fenómenos infantiles*, habrán de pasar unos treinta años.

Cuando el *nene intelectual* sea el *as* de los "Registradores de la Propiedad", apenas si le quedará tiempo para *inscribir* las escrituras de los Cortijos que los otros niños habrán comprado.

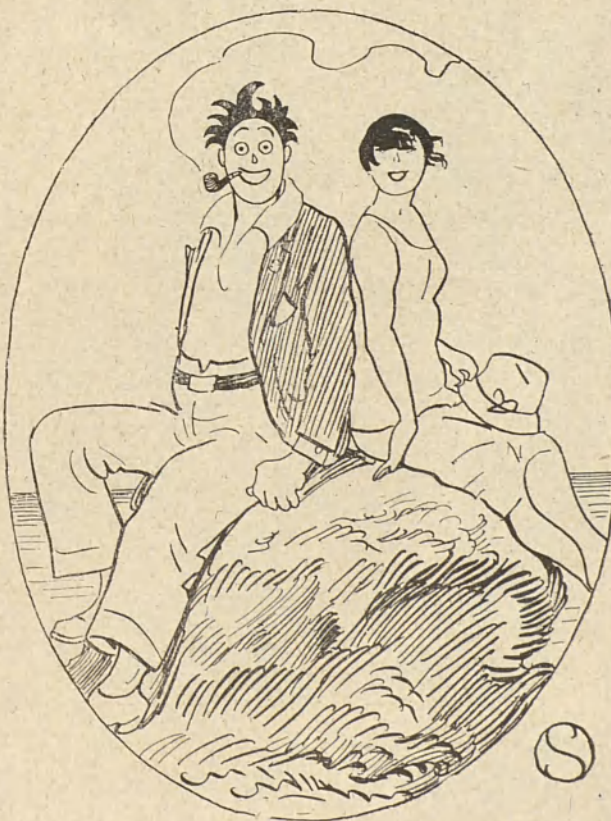
¡Ventajas de la *montera* sobre el *birrete!*... Y de los *machos* sobre la *borla!*...

¡Qué le hemos de hacer!... ¡Paciencia, y a otra cosa!... ¡No vamos a pedir a nuestros hijos *universitarios* que empiecen a dar *chicuelinas* con la *muleta!*... ¡Cada uno sirve para lo que sirve!...

Y si estudiando para el profesorado, nuestro laborioso hijo consigue una cátedra con tres mil pesetas anuales, *bienvenida* sea...

Aunque no sea "*Bienvenida!*".

LUIS DE TAPIA



Dib. SILENO.—Roma.

"Buen Humor" en Nueva York

Cartas de un corresponsal que tenemos allí a sueldo

Hemos recibido en este momento la segunda carta neoyorquina de nues-

tro flamante corresponsal, mister Evans Craifford. Después de besarla

con ternura y de traducirla con dureza, suprimiendo de ella los merecidísimos elogios que nos dedica y las preguntas amables y correctas sobre la salud de nuestras novias, y cierto encargo que nos hace de que le compremos un mantón de Manila y se lo remitamos en un paquete postal, hemos enviado a la imprenta lo que quedaba, que son las siguientes líneas, que sometemos a la probada voracidad de nuestros lectores:

"Señor director de BUEN HUMOR y redactores mártires:

Continuando la elaboración de mis impresiones sobre Nueva York y sus particularidades, me parece oportuna en estos instantes una pequeña divagación sobre la facilidad con que en estas tierras se hace dinero. Ya sabrán ustedes que por aquí abundan los multimillonarios que es una juerga; y aunque no todos tienen los multimillones que creen los multicándidos que los envidian, no se puede negar tampoco que el ser rico en estas latitudes es una cosa tan frecuente que no causa admiración más que a los negros y a los chinos, que son los seres que están aquí encargados de abrir la boca y poner los ojos en blanco cuando un transeúnte hace sonar dos dólares o limpia la pipa con un billete de a cinco.

Queda, pues, sentado (y como hablamos de dinero, lo sentaremos en un Banco) que en Nueva York hay bastantes "pasta", y que si viniera aquí ese Romanones que ustedes tienen como prototipo del Crespo español, nos parecería una cosa de risa. Entre paréntesis: tengo entendido que a ustedes les parece lo mismo, pero, por si acaso me equivoco, no insisto más.

Ahora bien: el hecho de que en Nueva York haya tantos socios con posibles, no quiere decir que el hacer dinero sea una cosa tan fácil como hacer gárgaras. El hombre vulgar gana en Nueva York el mismo sueldo que en Valladolid; y el dueño de un café o el desesperado que abre una funeraria, si se limita a facilitar el café caliente o la tumba fría, sin más novedades, acaba por hacer los mismos ahorros que si hubiese instalado sus negocios en Biárritz o en Valdemoro, nada más.



UN ASPECTO DEL BROADWAY

Fotografía de la famosa calle, tomada con precauciones para que no nos atropellen los tranvías o los autos. Y, ¡claro!, para tomarla con precauciones, está tomada desde un octavo piso, porque a nosotros, las fotografías con exposición, ¡para el gato!

Resumen: que los multimillonarios no son multimillonarios porque sí. Lo son porque en los negocios que han emprendido han tenido la suerte de encontrar un *truco* inesperado y original, una cosa que ha estupefacto a la gente, una novedad de procedimiento, un extravagancia de anuncio, un *algo*, en fin, que antes de ocurrírseles a ellos no se les había ocurrido a otros colegas más guapos que ellos, más elegantes que ellos, más buenas personas que ellos, y que sabían hablar en prosa mejor que ellos.

Y lo vamos a demostrar con ejemplos.

Uno de los multimillonarios más famosos en Nueva York es, como ustedes sabrán, mister John Howard Clayton. Se le cuentan (es decir, se los cuenta él sólo, porque no se fía ni de gato) unos ochocientos millones de dólares. Sus caballos de carrera, que son setenta y dos, están acomodados en unas cuadras tan ostentosamente lujosas, que tienen calefacción, alfombra, pesebres para cebada caliente en invierno y para cebada fría en verano (ni más ni menos que un pollo *bien* en un puesto de horchata), aparatos de radio para que los caballos oigan conciertos, en los cuales figura siempre una fantasía de *Cavalleria Rusticana* que paga Howard, y, finalmente, unos preciosos cuadros, que adornan las paredes de las cuadras, con los retratos de las yeguas que han hecho feices a cada uno de los mencionados caballejos. Salvo la lógica determinación de llevar los cuadros a las cuadras, lo demás es un atentado a la pobreza, una burla al desvalido, un choteo a la humanidad indigente; y, sin embargo, el sinvergüenza de Howard Clayton, con el aplauso de sus conciudadanos, continúa acumulando *confort* en las repetidas cuadras, hasta tal extremo, que últimamente ha dicho que no parará hasta que las riendas de sus potros valgan más dinero que las riendas del Estado.

Otro detalle: los caballos poseen unos estribos de plata cincelada, cada uno de los cuales vale unas mil quinientas pesetas españolas. Y se ha dado el caso de que, al perderse tres estribos, Howard Clayton haya perdido los estribos también y se haya puesto a insultar a los criados con tales frases que ha resultado mucho más mal criado que ellos.

No les extrañará a ustedes, después de esta descripción de las cuadras de

Howard Clayton, lo que pasó hace unas noches en el teatro *Empire*. Un espectador se puso a bostezar durante la exhibición de una cupletista de cincuenta años que amenizaba la velada y amenazaba con amenizarla más tiempo del debido. Y otro espectador,

más galante con ella, aunque mucho menos galante con él, le dijo con voz energuménica:

—¡A la cuadra!

A lo que contestó el aludido.

—¡Con mucho gusto, pero que me lleven a la de Howard Clayton...!



EL EDIFICIO DEL BANKERS TRUST

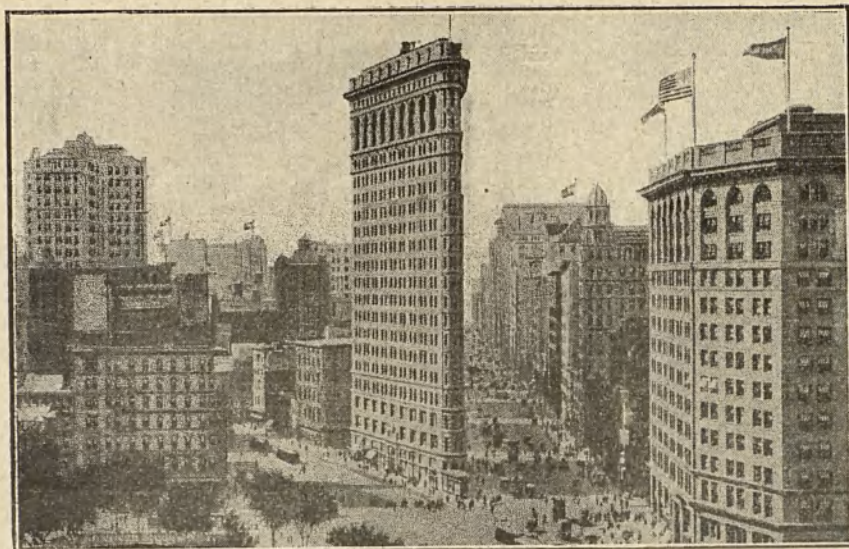
Uno de los innumerables rascacielos de esta villa, quizás el rascacielos más característico. Para la construcción de este *rasca*, los únicos que no se rascaron el bolsillo fueron los banqueros. Como pasa siempre, lo pagaron los clientes.

Pues bueno: ¿a que no aciertan ustedes de qué manera ha hecho Howard Clayton esa fortuna tan estrepitosa, que le permite llamarse el rey de los caballos o el *Sota* de Nueva York, que de ambas maneras se le califica aquí?...

Pues la ha hecho del siguiente modo, que ruego a ustedes que no lo tomen por una broma otoñal, porque es más cierto que la higiene en Pekín:

Recién llegado a Nueva York, observó que todos los elegantes que concurrían al *Central Park* y se sentaban en las sillas de hierro del paseo, se levantaban con el pantalón roto. Esto no tiene nada de particular porque pasa en todas partes donde hay elegantes y sillas de hierro mal cuidadas. Pero lo que sí tiene algo de particular es que Howard observó que todos los perjudicados por la rotura tomaban un coche para volver a su domicilio; y como en Nueva York cuesta un dólar la menor distancia, y como a los que tomaban el coche les molestaba soltar el dólar, el avizorante ojo de Howard Clayton vislumbró el negocio. Al día siguiente se personaba en el *Central Park* con un carrete de seiscientas yardas, una aguja y un dedal. Y de esta suerte, comenzó a vocear en medio del paseo:

—¡Por medio dólar coso los siete de los pantalones por un sistema de zurcido aprendido en la Escuela de



LA QUINTA AVENIDA Y LA CASA DE LA PLANCHA

Advertiremos que la Quinta Avenida se llama así porque viene después de la Cuarta y antes de la Sexta. En cambio, no sabemos si la Casa de la Plancha se llama así por su aspecto, o por la plancha que se tiraron al construirla; pues no cabe duda que querían hacer un edificio habitable, y les salió un bonito pisapapeles.

Artes y Oficios de Boston! ¡¡Para coser cada siete, empleo una aguja del catorce..., de modo que mi costura vale por dos...!!

El éxito fué asombroso. Todo el público le volvió la espalda (y en eso precisamente estaba el éxito, si tienen ustedes presente el sitio panorámico

de la rotura). Y así como para ciertos millonarios con mucha suerte, el hacer dinero ha sido coser y cantar, para Howard resultó todavía más fácil, porque fué coser solamente.

El primer día ganó mil dólares.

El segundo ocho mil.

El tercero catorce mil.

No se asombren ustedes, porque hay que tener en cuenta que cada día que pasaba, estaban más viejas las sillas y más viejos lo pantalones. A todos nos sucede, y no van a ser de mejor condición los pantalones y las sillas...

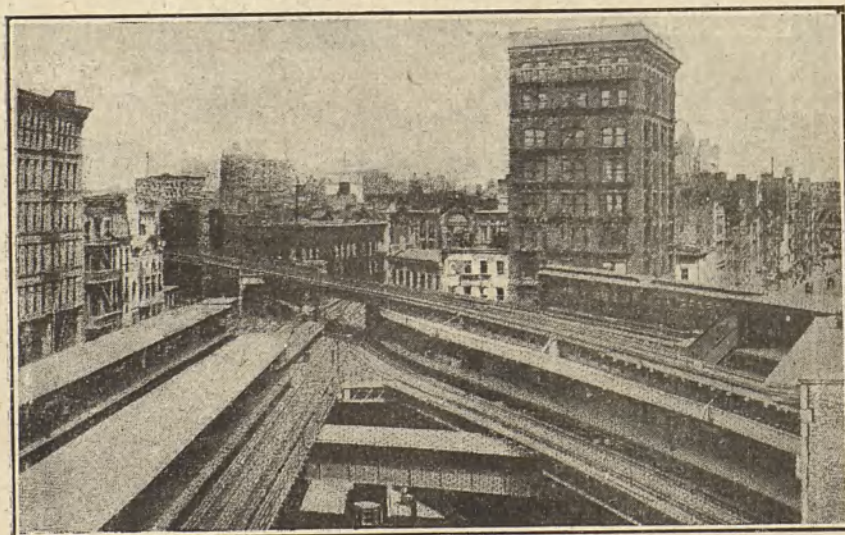
Conclusión: que a los dos años Howard Clayton había ganado doce millones doscientos mil dólares. Multipliquen ustedes la ganancia diaria por los setecientos treinta días de los dos años, y verán que no he marrado ni veinte céntimos.

Pero, bueno, la cosa no paró aquí.

Howard Clayton comprendió que su fortuna había de seguir creciendo, gracias a las vicisitudes por que pueden pasar los pantalones, y esperó pacientemente otra circunstancia fortuita que le acabase de poner en casa.

Y la tal circunstancia no tardó en presentarse.

El año 1902 surgió la terrible y famosa huelga de sastres de Nueva York, Brooklyn y Richmond reunidas. La huelga duró once meses, y como



CHATAM SQUARE

Este lugar neoyorquino no ofrece más particularidad que la de ser la única plaza donde no se cruzan apuestas, y, en cambio, se cruzan cuatro líneas del ferrocarril metropolitano. Por esta razón, en la fotografía no podrán ver ustedes ninguna clase de apuestas, aunque las líneas no digamos tampoco que se ven muy claras.

no hay pantalón que dure arriba de seis sin rodilleras, y de nueve y medio con unas rodilleras atroces, resultó que Nueva York se quedó en calzoncillos.

Pero Howard estaba preparado. Se gastó dos millones en montar una tintorería gigantesca en las proximidades de *Riverside Drive*, y lanzó su anuncio sensacional:

"Se tiñen de negro toda clase de calzoncillos largos, y se garantiza que

no hay un hombre, por bien educado que esté, que los distinga de un pantalón corriente. No os importe la huelga y el frío. El caso es poder salir a la calle, e ir tan elegante como antes."

Y Howard fué considerado como el salvador de Nueva York.

Ganó cien millones; los patronos sastres (que, gracias a esto, vieron acabada la huelga) le hicieron un regalo de otros diez milloncillos, y desde en-

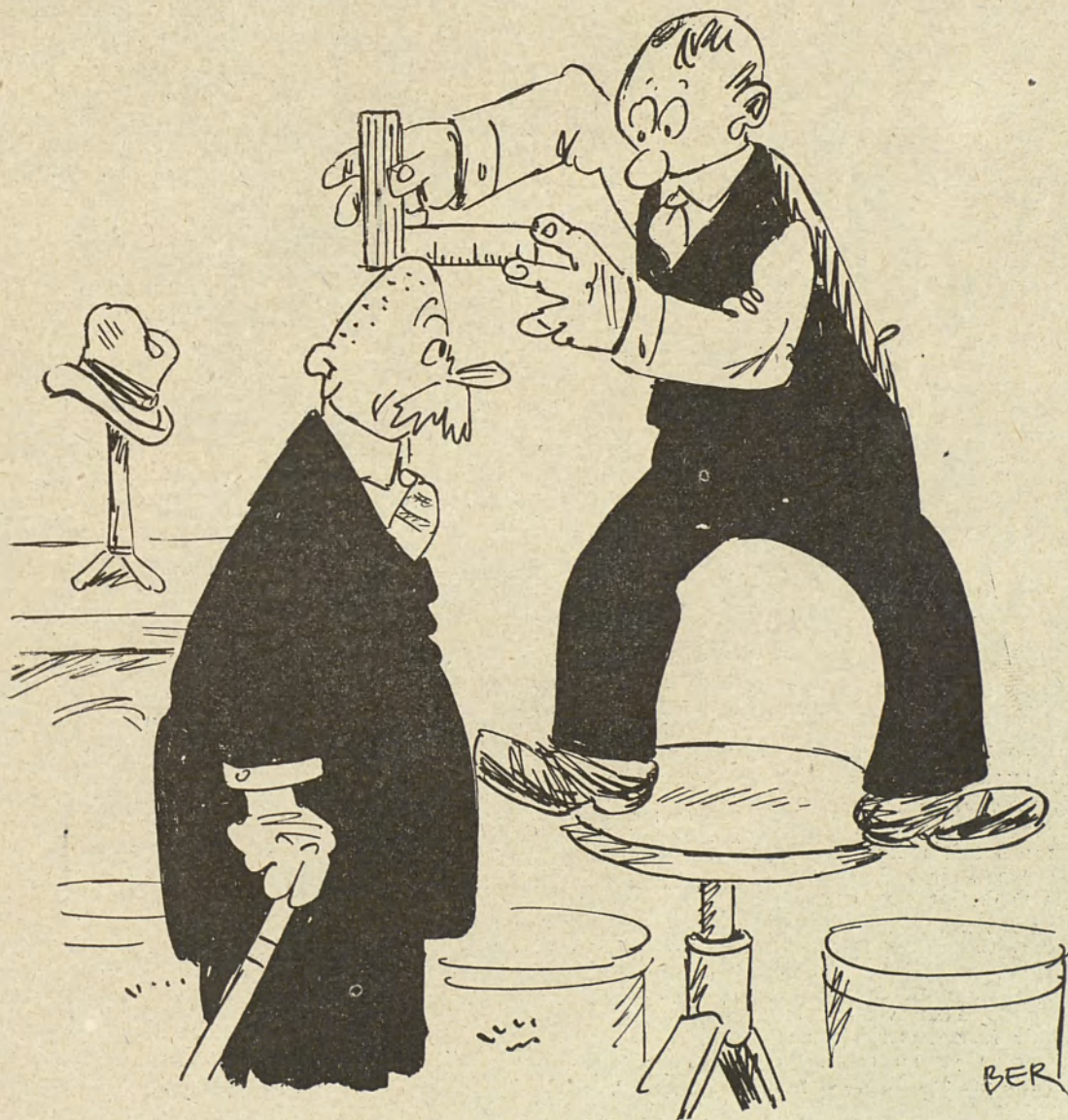
tonces hasta hoy el dinero vino ya solo desde el Banco.

Así es cómo se hacen aquí las fortunas.

Todo el que no tenga gracia que no se moleste en venir. Pierde el tiempo como un lamentable ciclista.

Salud.—*Evans Craifford.*"

Por la copia,
ERNESTO POLO



Dib. BERGSTROM.—Paris.

El sombrerero.—Yo a usted le conozco, caballero. ¿Usted no era el "clown" Pepino?

ANUNCIOS RECOMENDADISIMOS

HAY QUE LEER UN RENGLON SI Y EL OTRO TAMBIEN

Preparación inmediata de maestras normales, maestras superiores y maestras pistonudas. Clase ordinaria, de siete a ocho; y clase preferente y clase extra, a horas convencionales.—Academia, 50. Nota: Las maestras salen de esta casa sabiendo latín. Casi todas se casan.

¿Queréis tomar un buen café?

PUES NO TENÉIS MÁS QUE

IR INMEDIATAMENTE AL

BAR QUILLITO

El mejor y más económico de Madrid y Vallecas.

El único que sirve la cerveza bien tirada y los mariscos que tampoco estarían mal si se tirasen.

EL ÚNICO QUE SIRVE EL CAFÉ CON MEDIA, SIN COBRAR LA MEDIA, POR LA SENCILLA RAZÓN DE QUE EL RELOJ DEL ESTABLECIMIENTO DA LAS MEDIAS CON BASTANTE FRECUENCIA

LOS MOZOS DEL BAR QUILLITO SON TODOS DEL ÚLTIMO REEMPLAZO

Conciertos por una reputada banda, a la cual la Prensa le da "bombos" muy a menudo, aunque no los necesita porque el que tiene es magnífico.

ESTUPENDOS BILLARES,

TAMBIÉN CON BANDA

HELADOS CASI FRÍOS

REGALOS A LAS SEÑORAS Y BESOS A LOS NIÑOS

Vendo magnífico automóvil por tener que marchar fuera imperiosamente. Debo decir, porque yo no engaño a nadie, que adonde me marchó es al penal del Dueso, por haber matado a tres individuos con el susodicho coche-cito. Pero sabiéndolo manejar, no hay cuidado, sobre todo para el que va dentro. Razón en la Cárcel Modelo, a mano izquierda. No admito corredores, aunque si pudiese escaparme, el corredor lo sería yo.

¡¡ENFERMOS DEL ESTÓMAGO!!

¡¡PACIENTES QUE TENÉIS MALAS TRIPAS!!

¡ACUDID A LAS AGUAS DE BARRIGÜELA!

ZÁNCARA (LA MANCHA)

Las mejores aguas purgativas y laxantes del mundo, descubiertas hace poco tiempo.

¡ÉXITO ASOMBROSO Y FENOMENAL!

Se da la absurda coincidencia de que, desde que se emplean estas aguas, hay en la Mancha muchas más "seguidillas" que cuando no se empleaban.

¿QUÉ HACÉIS QUE

NO LAS TOMÁIS?

Viaje cómodo y rapidísimo.—Se va muy ligero.

Vendo un cornetín de boquilla en doce pesetas. Toca mucho más que la Lotería, y estoy dispuesto a demostrarlo, pues lo que yo digo no es de boquilla como el cornetín.—Marqués de Toca, 66.

Vendo un perro de caza canelo que es canela. No quiero decir que sea perra, sino que es una cosa superiorísima.—José Perrín, Gato, 11 bis.

Necesito matrimonio sin hijos para portería; y suegra del mismo, con buenos coimillos, para guardar una finca por las noches. Para portero me gustaría un ex sargento de infantería. Excusado es decir que la suegra tiene que ser de caballería. Inútil presentarse sin dos o tres cardenales producidos por la referida mamá política, para poder apreciar su trabajo.—San Quintín, 48.

Limpieza de alfombras, a cargo de Bonifacio Zurrado. Me sacudo todos los días cuarenta alfombras y tapices por término medio. Si ustedes se sacuden dos duros, podrán convencerse en el acto.—Avisos: Corral de Gálvez. Pueden ustedes mandar los avisos o ir al Corral personalmente.

Necesito una criada que no sepa cantar el *Soldadito español*. Si hay alguna en España que se encuentre en estas condiciones, la pagaré quinientas pesetas mensuales y haré un seguro de vida en beneficio de sus hijos.—Juan García, Cabeza, 5, y cabeza como un bombo.

AVISO CARINOSO

A PROPIETARIOS Y VENDEDORES DE FINCAS

COMPRO TODOS LOS SOLARES EN BUEN USO QUE SE ME PRESENTEN, Y PAGO EL PIE DE TERRENO MÁS QUE NADIE

Necesito tres mil pies para un campo de fútbol. Los balones los tengo ya.

También me urgen seis mil quinientos pies para un teatro, con la condición de que no se muevan en los estrenos.

Y me hacen falta algunos pies para un Banco.

SOY EL COMPRADOR MÁS SOLVENTE DE LA CORTE

TODOS LOS DIAS SALGO POR PIES, Y SIEMPRE ME VUELVO A CASA CON ELLOS. BIEN ES VERDAD QUE SIN ELLOS NO ME PODRIA VOLVER DE NINGUNA MANERA

Balbino Conejo

CAMINO DEL PARDO, 93

Señora viuda reincidente admite un caballero solo. No admite propinas. Hay piano, y, a pesar de su reciente viudez, la señora tolera que la toquen. Diríjanse las cartas a Magdalena Illete, Magdalena, siete.

Agente Anunciador:

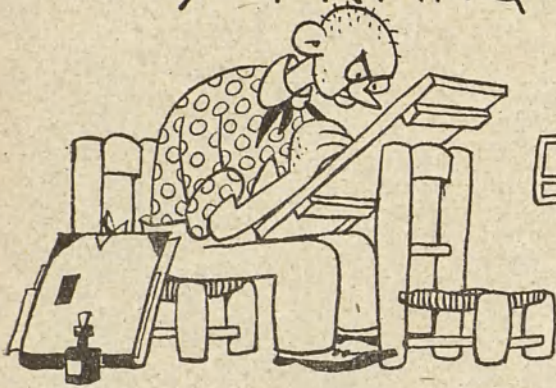
NESTOR O. LOPE



Dib. SAMA.—Madrid

—Voy a instalar en Madrid, con González, una fábrica de buñuelos de viento.
 —¿En qué condiciones?
 —A medias: él pone los buñuelos y yo el viento.

CARTA ABIERTA Y FRANQUEADA CON O'05



EL VERANEO EN PORTUGAL

Mi querido "Sileno": Esto de que los colaboradores de un periódico escriban a su director desde el punto de su residencia veraniega, es de un postín más loco que Doña Juana, y nosotros, que no nos privamos de nada, no vamos a dejar de hacerlo porque ya se haya hecho dos mil veces. ¿No le parece a usted?... Pues, si no es así, paciencia.

Yo me voy a contentar con escribirle a usted desde Portugal, aunque sé que da más importancia fechar las cartas en algún punto de América, o

aunque no sea más que en un punto filipino.

Aquí el veraneo es encantador, como el fakir Aziz. Desde la frontera hasta Belem, donde me encuentro, he hecho el viaje con unos millonarios portugueses *moito* simpáticos. ¡Qué vida tan distraída la suya! Como aquí ya sabe usted que llaman un *conto* a un millón de escudos, pues resulta que estos buenos señores se pasan la vida contando *contos*.

Hemos venido hasta Belem en primera clase. No lo digo por presumir, porque ya se figurará usted que es que me han pagado el billete. Lo digo porque la vez anterior hice este recorrido en tercera y tardé exactamente igual. Me extraña, porque, usando otro medio de locomoción—el automóvil—, tardé una vez hora y media desde la calle de Bailén al cementerio del Este, detrás de un entierro; y, en cambio, hice otra vez el mismo recorrido en doce minutos. Y al preguntarle al chófer, me dijo que el día del entierro habíamos ido en *primera*, y la otra vez en *cuarta*.

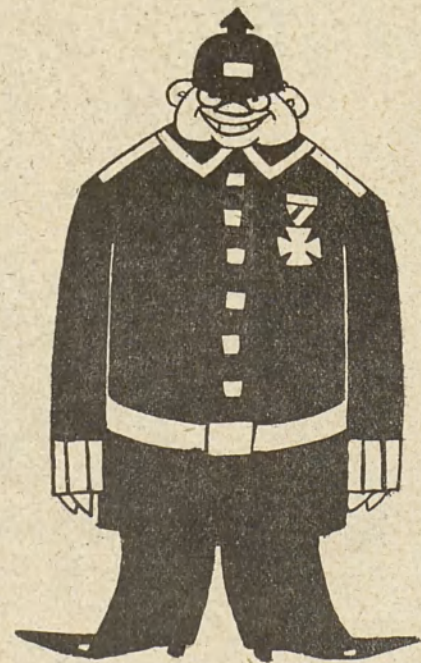
Y añadió que no me chocara, porque aun había un medio más rápido para ir de la calle de Bailén al Este, que consistía en dejarse caer por el Viaducto.

Las excursiones aquí son deliciosas. Unas son marítimas, a bordo de la corbata "La corbata", propiedad de estos millonarios, y que tiene un andar de diez y siete nudos, sin contar con el de la corbata del capitán, que es de lo más *gordiano* que yo he visto. Otras se hacen a caballo, siendo estas excursiones ecuestres las únicas en que yo no tomo parte, porque monto a

cavalho peor que el Príncipe de Gales.

La temperatura aquí es más fresca que la del teatro Price en invierno. Esta mañana salí temprano del hotel para ir a la estación a recibir a un amigo. En la puerta estaban el conserje, un camarero y dos botones. Y me dí cuenta del fresco que hacía al ver al conserje con gabán, al camarero con el cuello subido y los botones abrochados.

El amigo a quien fuí a esperar viene de Alemania de que le curen unas anginas crónicas que cogió en Londres. Por cierto que le ha pasado con ellas lo que a César Falcón con sus artículos de allá—no me refiero a los



impermeables—, que él se creía también que eran crónicas, y resulta que no son más que de pronóstico reservado.

Me ha contado los maravillosos progresos que ha introducido en la cirugía y en la otolaringología el doctor Otto Kahn, de Munich. Mi amigo, nada más llegar a Munich, preguntó por la clínica del doctor Otto a un *munichipal* (especie de guardia con casco negro, como el rioja clarete). Le indicaron el camino, y, una vez allí, una *fraulein* le ordenó que se sentara mientras iba a llamar al doctor Hesse, ayudante del doctor Kahn.

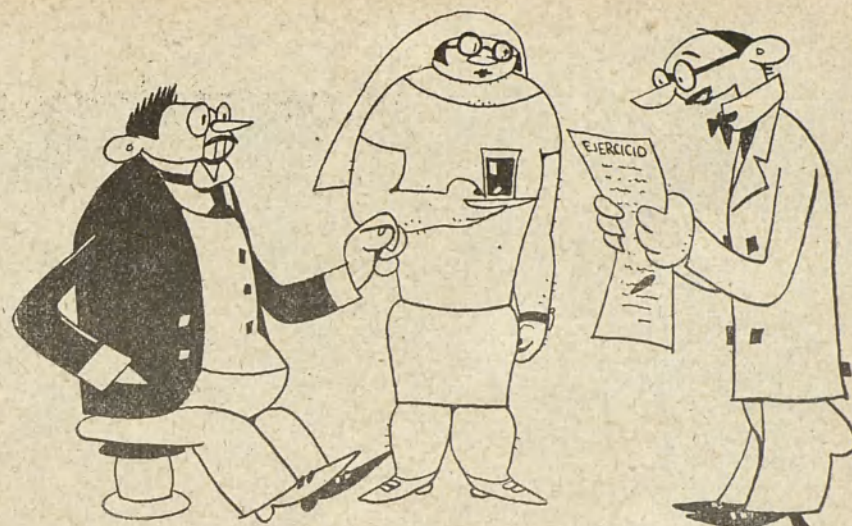
—¡Oh!—dijo mi amigo en alemán. Y añadió: —¡Que no venga Hesse, que venga Otto!

Y aquí viene Otto y lo maravilloso. Para curar radicalmente al paciente, no hizo más que reconocerle y obligarle a repetir el siguiente ejercicio bucal, que tiene la particularidad de que es, a un mismo tiempo, bucal y consonante:

“Yo estoy otorinolaringologado. —¿Quién me desotorinolaringologará? —El otorinolaringologador que me desotorinolaringologue—buen desotorinolaringologador será.”

Todo esto dicho en un idioma en que a mesa redonda se llama *allgemeinschaftlichegasthaustafel*. ¡Pala-bra!

Y ya está. No queda ni rastro de anginas, y en algunos casos, ni de laringe. Después de la cura, miran la tarifa, que está en un cuadro, y cobran al paciente un marco. Luego le



dan un enjuagatorio, y a escupir a la calle.

Esto en otorinolaringología. En cuestión de fractura de huesos, es tal el prestigio que tiene este bávaro de doctor, que es muy corriente en Alemania, cuando un médico dice que una fractura no tiene arreglo, oír a la gente exclamar:

—¡A Otto Kahn con ese hueso!

Y, efectivamente, se lo llevan a él, y lo arregla.

Pero aun hay más. Según mi amigo, tan adelantada está en aquel país la ciencia médica, y especialmente la rama de la cirugía a que me refiero, que se ha dado el caso, en la clínica de

Munich, de operar a un individuo, acortándole un hueso, para librarle del servicio militar. Dice que conoció a un salchichero de Postdam, a quien Otto acortó el fémur izquierdo y a un aguador de Colonia a quien torció el húmero derecho. Y los dos se libraron de quintas, el uno por la cojera y el otro por el húmero.

Tan maravilloso nos ha parecido todo esto, que íbamos a contárselo al doctor Regadeira e Malvavisco de la Thos Ferinha, médico del hotel y gran compositor de fados; pero no ha podido ser porque no nos ha recibido. Según nos dijo la criada, estaba enfadado. (Después hemos sabido que no es que estuviera incomodado, sino que estaba *liado* con su fado 1.627.)

Y no le escribo a usted más, mi querido director; porque lo estaba haciendo en el *hall* o portal del hotel, y van a barrerlo. Solamente le diré, por si usted no lo sabía, que hablar portugués es más fácil que dormirse en un *mitin* de propaganda sanitaria. No hay mas que incrustar una *i* en las palabras que terminan en *era* o en *ero*. V. g.: cero, ceiro; caldera, caldeira; agujero, agujeiro; y llamar señorías a los guardias.

Cuando vaya ahí ya le contaré a usted cosas del veraneo en Portugal. Entretanto, le estrecha la mano hasta la descoyuntación de los metacarpos.

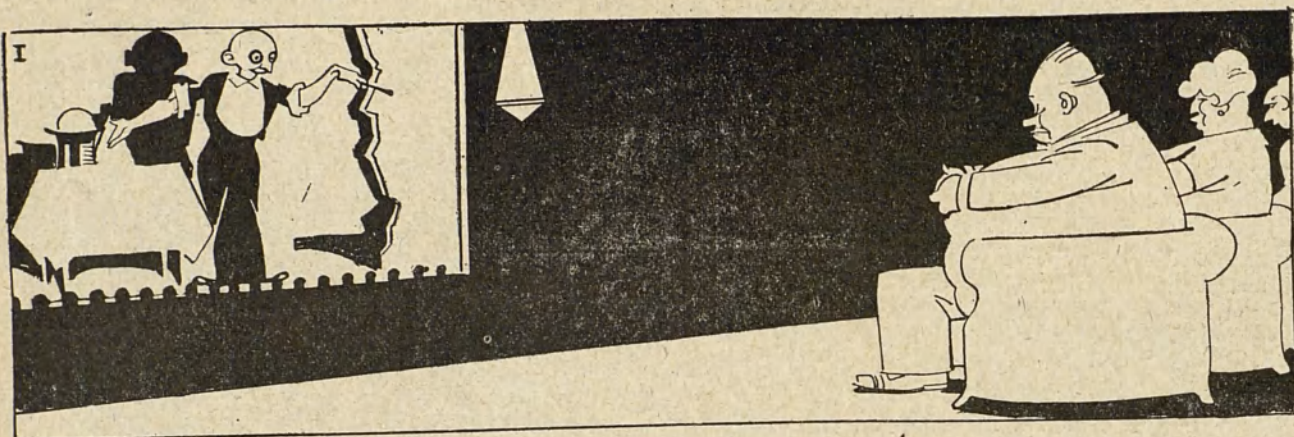
GARRIDO

Portal del Belem-Hotel, septbre 928.

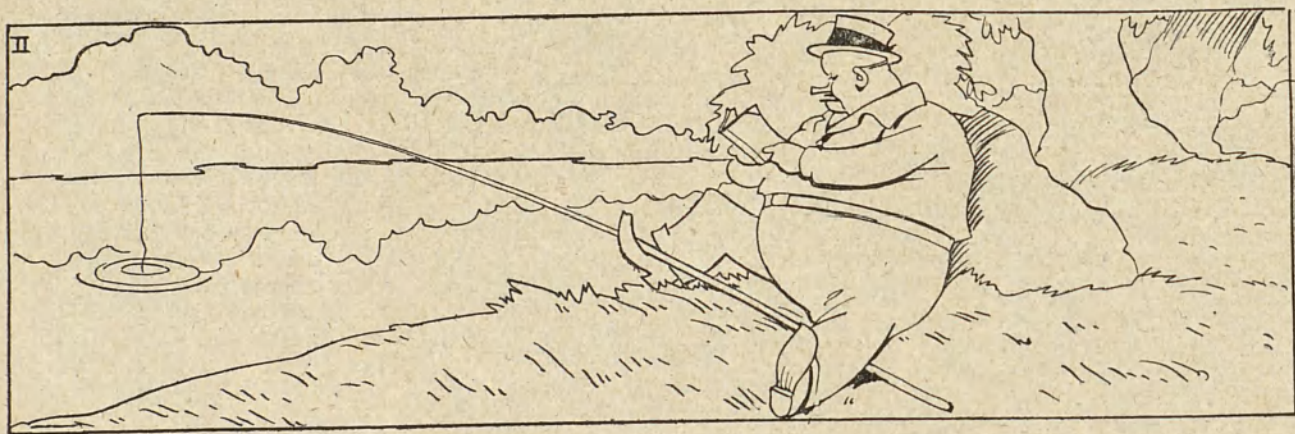
(Hay unos monos del mismo.)



EL ORDEN DE FACTORES...



El verdadero veraneante, rompiendo con la rutina de todo el año, a la hora de divertirse, duerme...



A la hora de pescar... tiene que leer...

LOS TRES TRAGALDABAS

No había restaurante en Madrid que tolerase su presencia.

Y aquellos tres hombres, unidos por análogas aficiones pero separados por un odio intenso, fruto de una exagerada competencia gastronómica, paseaban sus ansias y apetitos por las calles de la ciudad.

Habían tratado de penetrar cautelosamente en varios sitios, pero advertida su presencia, fueron expulsados entre groseros denuestos y una lluvia de objetos duros.

Pero aquel restaurante inexplorado, tan flamante, con su portada delcamente pintada de verde y coronada por un enorme salchichón, les fascinaba.

No sin recelo y con el temor de ser también expulsados, penetraron.

La sonrisa del mozo demostró que no eran conocidos y calmó sus inquietudes.

Momentos después Acacio mascaba vertiginosamente; sus muelas de acero trituraban con ensañamiento y pulverizaban aquella langosta tan distinguida, que al entrar adornaba el escaparate del "Salchichón Club". No quedaba más que la cabeza. Se la comió de un bocado, con cáscara, como había hecho con el resto.

Cuando terminó, se limpió la boca con la cortata y repantigándose en la silla exclamó: "Ya está. ¿Qué pasa?"

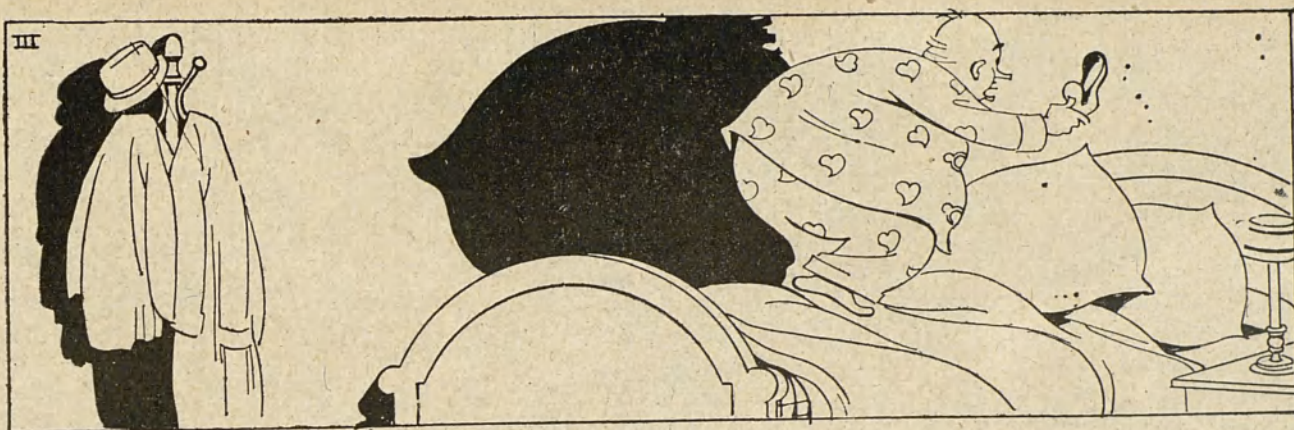
Oroncio y Nicéforo alzaron los hombros con ademán displicente.

De pronto Oroncio se puso en pie y apoderándose de un cajón de ostras que bostezaban escandalosamente en

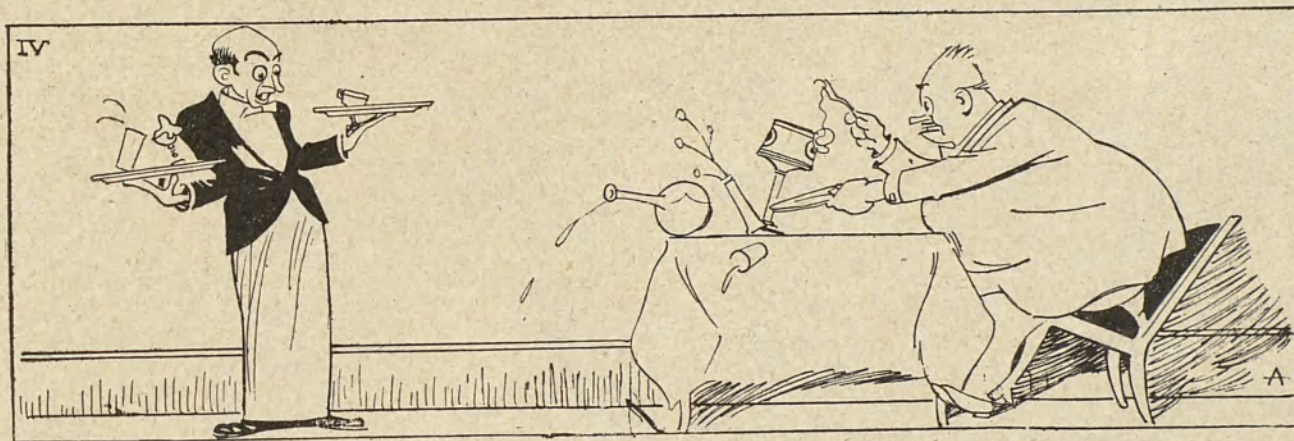
el mostrador, lo colocó sobre la mesa. Una a una al principio, de dos en dos después y finalmente a puñados, fueron pasando a su estómago los aristocráticos mariscos con sus correspondientes y delicadas envolturas. Producía al masticar tan terribles crujidos, que temblaban los cimientos de la finca.

Los parroquianos, alarmados en un principio y gratamente sorprendidos después, seguían con gestos de aprobación el movimiento de los maxilares de Oroncio. Cuando terminó le felicitaron calurosamente y, cediendo a amables invitaciones, se dejó examinar las mandíbulas por un veterinario allí presente, que le abrazó conmovido.

Esto exasperó a Nicéforo, que lanzándose a la trastienda del estableci-



A la hora de dormir... caza.



Y a la hora de comer... pesca.

Dib. AREUGER.—Madrid.

miento y buscando en la cocina algún alimento duro, topó con dos galápagos que dormitaban en la carbonera.

Uno en cada mano, los brazos en alto y con cara dura, penetró en el comedor. Depositó su botín sobre el mantel y, cruzándose de brazos, lanzó una mirada de reto al público.

Después, de una dentellada terrible partió en dos el primer bicho y en menos de tres minutos dió cuenta de los dos galápagos, que pasaron suavemente al delicado estómago de Nicéforo, con sus respectivas conchas.

Una ovación ensordecedora premió su simpática decisión.

Queriendo prolongar su triunfo, se arrojó sobre el envase de las ostras que permanecía mudo e inmóvil al lado de Oroncio. Con masticación vertiginosa y elegante lo hizo serrín, que se tragó con notable facilidad.

Los hurras y los bravos se convirtieron en rugidos de admiración, y Nicéforo saludaba emocionado, sonriente.

Iba a sentarse cuando un "¡No, no,

que siga!" pronunciado por cien bocas y un bocazas, detuvo su barato deseo.

Llamó al camarero, dispuesto a empezar de nuevo y pidió un vermouth.

Ya había engullido el sifón y se disponía a hacer otro tanto con un platillo que contenía anchoas, aceitunas y palillos en armoniosa sociedad, cuando un enorme gato saltó sobre la mesa, atraído por el yodo-salistroso oroncillo.

Rápida como cablegrama urgente, cruzó su mente una idea genial. En menos tiempo que se santigua un sacristán festivo clavó un palillo en el lomo del felino y, haciéndole describir una elegante curva en el éter, se lo zampó.

Y entonces sucedió algo sobrenatural, absurdo, desconcertante. Un olor indecentemente nauseabundo se difun-

dió por el ambiente del restaurante.

Aquella indecorosa fragancia provenía del esófago de Nicéforo, quien asfixiado, macilento y cadavérico se derrumbó sobre el asiento.

"¡Se pudre, se pudre!"—exclamaban todos al abandonar atropelladamente el local.

¿Qué había sucedido? Un hecho puerilmente repugnante y sencillo.

El gato, violentamente sorprendido, había experimentado el natural sobresalto. Este se tradujo en un deseo imperioso de evacuar ciertas necesidades fisiológicas, y como al penetrar en el estómago encontró una mullida y confortable cipa de serrín... hizo cuantas cosas feas ustedes gusten.

Acacio y Oroncio saborearon las hieles de la derrota. Era evidente que aquella noche habían sido vencidos.

Y como no querían reconocerlo, aprovechando un momento de descuido, se comieron a Nicéforo.

PEDRO G. GIRAUD

BRILLANTINA **EMILMAT**
LO MEJOR CONTRA LAS CANAS

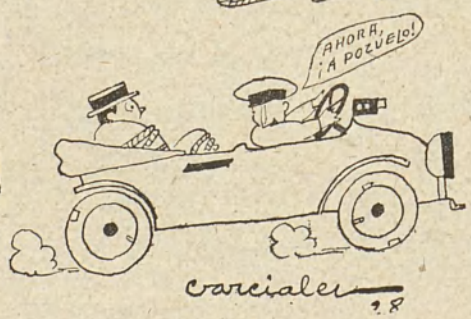
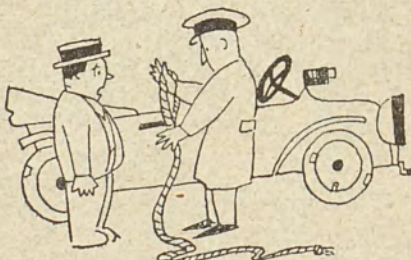
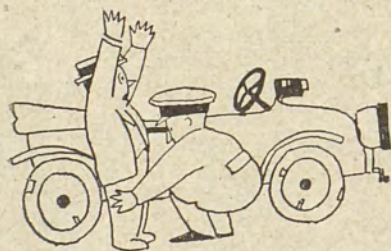
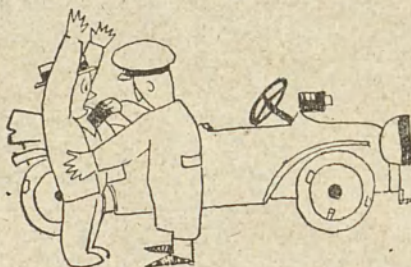
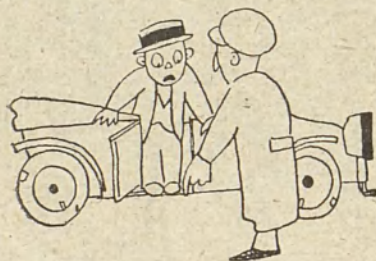
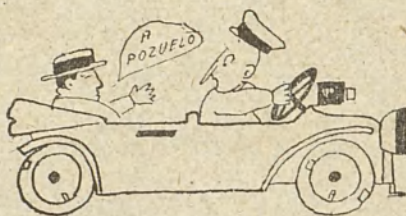
SOBRE EL MACHO DE LA PISTA

¿Pide versos al *pisto*
mi Rosalía?
Pues ahí ván... y perdonen
la ñoñería.

"Dicen que es una fiera
comiendo *pisto*,
donde quiera que vaya,
don Evaristo.



Todos los días come
pisto manchego...
¡y de bicarbonato
se atraca luego!
Y es que son peligrosas
sus digestiones;
porque los "grandes *pistos*"
¿qué son? ¡*Pistones*!



carriales 28

Dib. GARCÍA LEZ.—Valladolid.

El viaje en taxi o la seguridad del chófer.

Mas no solo en la mesa
le agrada el *pisto*.
Es en todo un *pistero*,
por lo que he visto.
Ama a los pistoleros;
mas no te asombre:
los ama, porque llevan
pisto en el nombre.
A todos los que bullen
(es cosa vista),
ya que no puede el *pisto*,
sigue la pista.

De las que hacen buen *pisto*
prendado queda
y hará por *despistarias*
lo más que pueda.

Aunque es hombre modesto
(sobre ser listo),
pocos hay que le ganen
a *darse pisto*;
y suele, procurando
que no le empache,
por parecerse a "*pisto*",
comer pistache.

Ahora que se habla tanto
de la autopista
de Madrid a Valencia,
pasa revista
a cuanto de ello escriben
(ramplón o bello)
y no es un utopista
tratando de ello.

Aunque es por su importancia
cosa evidente
que la autopista intriga
mucho a la gente,
hoy sin cesar exclama
don Evaristo:
—¡A mí que me hablen solo
del autopisto!

Y así vive en constante
desasosiego,
abusando del rico
pisto manchego.

Lector, quizá este *pisto*
bien no te siente,
mientras a mí me sienta
divinamente,
pues, aunque el tema es una
majadería,
satisfago el capricho
de Rosalía.

JUAN PEREZ ZUNIGA



Dib. CUESTA.—Paris.

—¿Es sainete o comedia lo que vió usted ayer?
 —Apenas si recuerdo. Lo que sí sé es que acababa en boda.
 —Entonces era drama.

Ayuntamiento de Madrid

UN HUMORISTA

I

Don Recaredo, sentado al calor confortable de la camilla, le hacía cabezas a unos cigarrillos con la *aculatada* uña del meñique derecho.

Doña Ursula zurcía los calcetines de su cónyuge, heridos por otras uñas no menos *aculatadas*.

Un felino se entregaba dulcemente a esa sensación que producen las conferencias sobre avicultura... y si esto no es decir que el gato dormía como los ángeles, que venga Dios y lo vea.

Formaban mis personajes—sin contar el gato—un matrimonio modelo, tranquilo, ideal. En los veinte años de unión hermética y católica no se podía recordar la menor discusión ni el menor átomo de vajilla rota.

Dueños de una modesta tienda de fajas, corsés y sostenes para señoras, titulada "*Se acabó lo fofo*", vivían con relativo desahogo, pues si bien los corsés se vendían poco, en cambio, con los *sostenes* se iban aguantando.

De aquel dulce yugo, en aquella p'anicie amorosa, surgió un fruto: y digo fruto, porque al decir de la gente el primogénito de don Recaredo era una calabaza con *t'inchera*. Como era lógico y humano, sus padres no podían participar de ese símil cucurbitáceo y consideraban al joven Recaredo como una gloria literaria, ignorando, eso sí, el estilo donde más podía lucir su ingenio y talento.

Doña Ursula, sin dejar la labor propia de su sexo, exclamó bostezando:

—Mira. Reca; ahí, debajo de ese número de BUEN HUMOR, me parece que ha dejado lo último que ha escrito ese chiquillo.

Don Recaredo dejó de *confeccionar cráneos*, y tomando las cuartillas empezó a leer por *bajini*.

Reclamó doña Ursula:

—No, no; lee en alto, que ya sabes lo que gozo.

Recaredo, padre, obedeció.

"Cabriolas humorísticas".

"Los panadizos son enfermedades heredadas de los antropófagos, ya que son producidos por comerse los padrastrós."

—¡Está bien!—añadió don Recaredo—. ¡Clavado, Gómez de la Serna!

Continuó leyendo:

"Al almanaque se le puede, impunemente, ir quitándole todos los días un pedazo de su vida, ya que está hecho un *taco*."

—¡Incommensurable!—diagnosticó, muerto de risa, el padre—. ¡Calcao, Jardiel Poncela!

Doña Ursula, en un hipo histérico, se revolvió, flameando su cuerpo todo, víctima de la hilaridad.

De nuevo se oyó la voz paternal:

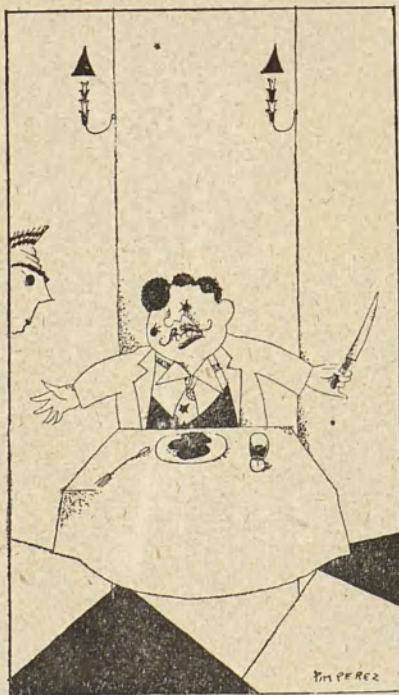
"Aquel nuevo rico se hizo retratar en su soberbio 80 HP. para tener en su colección pictórica un *autorretrato*."

—¡Pirámida!—chilló don Recaredo—; no puede darse nada más parecido a Ernesto Polo."

Y así, sucesivamente, entre el júbilo de los padres fueron aplaudidos los abortos ingeniosos del joven humorista.

II

Una tarde, estando sólo en la tienda don Recaredo, se presentó con cier-



Dib. PIN PÉREZ—Sevilla.

—Camarero, ¡por su madre!, tráigame otro bisté, que este cuchillo no corta...

to aire macabro un señor de hongo canela y estaca escalofriante:

—Buenas y opíparas.

—Muy buenas. ¿Qué desea?

—¿Es usted, por una coincidencia, el padre de ese joven que escribe en el "Humor Hepático" cuentecitos hilarantes, y que se firma Recaredo Lombarda?

—Servidor de usted.

—Pues venía a participarle, para que lo reexpida a su vástago, que en cuanto lo encuentre se le va a terminar el humorismo con una ración de este arbusto que adjunto para la faena.

—No comprendo, señor.

—Se ha permitido su hijito mofarse de mis pies, que yo mismo comprendo están algo ampliados *juaneteramente*, y en un reciente trabajo, que me acompaña, ha dicho que semejan "*dos curas acostados*".

—No sabía una palabra; pero ya sabe usted que al escritor humorista se le dispensan ciertas bromas...

—Bueno; pues dígame que con un *clero reposante* de éstos, le voy a *endiñar* una patada donde le coja, que... huelgan comentarios.

—¡Vaya, por Dios!; usted dispense.

—Repito lo de opíparas.

Y se fué, *agitando el junquillo*.

III

Ha pasado el tiempo necesario para que el señor del hongo canela se encontrase en la calle con el joven humorista. La escena que aquí os presento no tiene, en realidad, muchas variantes con la del principio de mi trabajo: Don Recaredo sigue luchando con la picadura tóxica; doña Ursula continúa tapando brechas en los calcetines, y en una butaca, amplia y *cretoriana*, descansa el primogénito, como atacado de un fuerte lumbago. De vez en cuando pasa su mano por el final de la espalda, y en un gesto agri dulce sonríe... Es la *sonrisa de una desilusión*... Es un humorista...

PEDRO RISTORI MONTOJO



—¡Chico! Cada vez que inclino el cuerpo hacia adelante y extendiendo los brazos horizontalmente haciendo un movimiento circular, me duelen mucho los hombros.

—¿Y por qué haces esos movimientos tan ridículos?

—Es que yo no conozco otra manera de ponerme el gabán.

Dib. HERR OTTO.—München.

MURIO DON SEVERINO...

Cuando Hermenegildo fué a su casa le dijo su mujer:

—Pero, hombre, ¿a que no sabes quién se ha muerto?

—¿Quién se ha muerto?

Hermenegildo renuncia a suponer. Todo se puede ya esperar de todos en el mundo. A lo mejor—quién sabe—cualquiera, el que menos lo parece, se nos lleva la cartera o se nos muere. Y viceversa también: hay quien se empeña en no morírse, y nada; pasa el tiempo, pasan otras cosas más graves y pase lo que pase, no se muere.

Hermenegildo está ya tan escarmentado por todo que renuncia a suponer quién haya sido.

—Vaya usted a saber—pronuncia Hermenegildo, melancólico, con ese tono

escéptico y decepcionado que le invade en los grandes momentos filosóficos.

—Pues, ¡Severino!

—¡Mujer!!

Ha dado Hermenegildo un respingo; se ve que la noticia le ha causado una sorpresa extraordinaria.

Pese al respingo, no obstante—la verdad es la verdad—Severino le importaba a Hermenegildo tres pimientos. Si en vez de ser el difunto Severino hubiera sido Casiano, Ruperto, Juan, Venancio o Casimiro—distinguidas personalidades de este mundo que le sañen por una friolera a Hermenegildo—, Severino hubiera, igualmente, dado un salto y hubiera dicho con acento desolado:

—¡Mujer...!!

Hubiera añadido también lo que añadió en esta ocasión:

—Pero, ¿cuándo le vi yo...? Pues no hará ni dos semanas...

En dos semanas—¡ay!—puede un hombre largarse al otro mundo... Es que no somos, Señor, pero nadie, nadie, nadie...

—Dios le tenga en su santa gloria—gime Hermenegildo, con tal compunción y lástima que parece que el irse a la gloria es una de las cosas más tremendas y más dignas de compasión de cuantas puedan ocurrirnos.

Severino era un señor que había veraneado con ellos en Villalba el año que tuvo Hermenegildo en la oficina una paga extraordinaria. En cuanto Hermenegildo recibió la paga extraor-

dinaria cayó en la cuenta su mujer de que la niña mediana estaba demasiado mediana y necesitaba campo. Tramaron un plan de campaña contra la medianería de la niña mediana, y aprovechando la paga extraordinaria, más otras dos que pidió en el Montepío Hermenegildo, tomaron en Villalba un hotel, "Villa Peón", llamada de este modo porque era en el invierno la casilla del peón caminero.

La niña mediana se puso muy buena; pero, en cambio, la mediana comenzó a ser, desde entonces, la conducta de Hermenegildo, porque Hermenegildo se aburría, al quedarse sólo en Madrid, y como iba a Villalba nada más que los domingos, por no gastar en tren y no sudar más tinta de la que se sudaba en la oficina, se sentaba en los bancos del Prado, de la plaza de Isabel II o de Colón, trabando conversación con los compañeros de banco; y sucediendo que una vez el compañero del banco era una gorda, bastante menestrala y desgraciada, se expansionó con él, le abrió un poquito el pecho, y lo que empezó en Colón, en verano y anochecido, acabó en Colón del todo a todas horas.

Tuvo que recurrir de nuevo Hermenegildo al Montepío, sin decir ni pío esta vez a los que estaban en Villalba y tuvo que recurrir al Monte sólo, sin pío ya, para que la familia de la Sierra pudiera recibir algo más alimenticio que los aires.

Pues bien, en aquel verano, conoció la familia de "Menejí"—como llamaba a Hermenegildo su mujer—a la familia de "Severín", como también, para economizar siquiera eso, llamaba a Severino su costilla.

—Son unas personas muy agradables—le dijo a Hermenegildo su mujer; y, en efecto, Severino escuchaba a Hermenegildo las historias de su oficina lo mismo que, a su vez, aguantaba Hermenegildo a Severino las historias de la suya.

—¿Vas a ir a darle el pésame?—preguntó Hermenegildo a su mujer, una vez repuesto del golpe.

La pregunta era capciosa. Con ella Hermenegildo quería dejar sentado que él no pensaba ir, y que de ir alguien a cumplir, cargara con el mochuelo su señora.

Pero ésta se sacudió:

—¿Qué disparate...! Nos deben visita y hace más de dos años que no vienen... No hemos tenido nunca amistad con ellos para eso... En estos momentos, estorban las visitas en las casas más que ayudan...

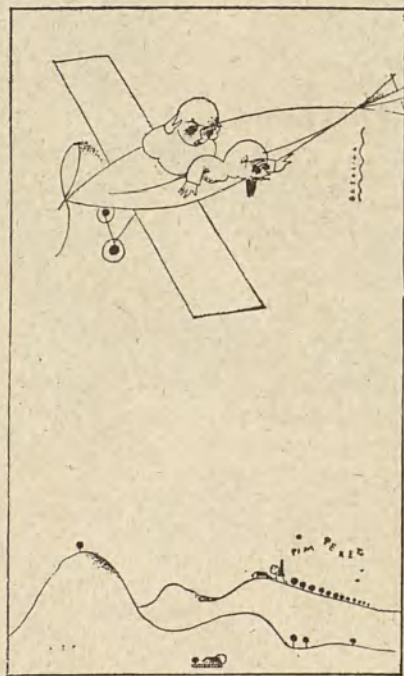
Total :que nadie fué. Ni maldita la falta que hacía.

Pero, en cambio, a eso del mes llaman a la puerta de la casa de don Hermenegildo y al salir a abrir la señora se encontró con seis de luto: la viuda de Severino y cinco niños.

—Pero, ¡por Dios: qué sorpresa...! —exclama alborozada. Y tiene que reprimirse de repente, porque se fija en el luto y cae en la cuenta de que es otro el tono que corresponde al caso. Entonces exclama: ¡Hija...!; se compunje, y la viuda, que había comenzado a sonreír para no quedar mal ante la otra cae en los brazos de la amiga y llora a grandes pujos...

Reprimida la basca vienen las explicaciones de la Hermenegilda.

—Qué dirán ustedes... Al principio



Dib. BRADLEY.—Madrid.

VOLANDO SOBRE CIUDAD REAL

—¿Qué imprudencia, García! Habéis derramado medio bidón de gasolina.

—¡Oh, sí! Ya me extrañaba a mí lo rápidamente que había desaparecido la Mancha.

no lo supimos... Luego lo supimos y le dije a Hermenegildo: hay que ir... Pero Hermenegildo ha tenido en la oficina balance de medio año, y yo estoy mudando de criados, de tal modo, que no voy a ninguna parte.

—Igual estamos nosotros... Qué indecencia de criadas...

Por fortuna, el asunto criadas hace derivar la conversación a terrenos menos forzados. Se cambian impresiones,

se anima la conversación; los niños toman confianza y comienzan a jugar... Alguno ya hasta se ha reído, cuando suena la campanilla y aparece Hermenegildo. ¡Otra vez la compunción y el "se lo estaba diciendo a ésta: cómo estamos quedando con esa señora..."

Como de algo han de hablar, recuerdan el veraneo de Villalba. —¿Qué tiempos aquéllos!—suspiran.

Y en uno de los suspiros recuerda Hermenegildo a la gorda de aquel verano y recuerda que una tarde... el mundo es un pañuelo... y a veces ¡qué pañuelo: casi un pinglo!, al entrar en cierta casa donde se veía Hermenegildo con la gorda, se topó con Severino, que se veía allí mismo con la flaca, una flaca que había conocido por casualidad en un banco... Me dió lástima, Hermenegildo..." "Igual a mí con la otra..." "No es que yo falte a mi mujer..." "Ni yo..." "Flaquezas que tiene uno..." "Descuide usted, que por mí..." "Pues no digo nada por mí..."

Hermenegildo detuvo sus evocaciones, no fuera su mujer a leer en él o evocara también aquel verano, más bien el postverano, cuando descubrió lo de la gorda y se armó la misma.

Temió por un momento que la esposa exclamara, indiscreta y rencorosa:

—Cuántas veces tuve aquel verano que ponerle a este charrán el ejemplo de su marido...

Porque, en efecto, el pobre Hermenegildo tuvo que aguantar durante todo aquel otoño y el invierno cómo le increpaba su mujer, diciéndole:

—¡Mal hombre...! Ya ves a don Severino cómo lleva a su mujer todo el dinero que gana.

Hermenegildo suspiró, sólo de acordarse. La mujer también suspiró, también sólo de acordarse. Y la viuda suspiró pensando en los disgustos que le había dado aquel otoño—entre otros—Severino, hasta que logró separarle de aquella mujer flaca...

La mujer de Hermenegildo, sin embargo, no se contentó con suspirar: aprovechó la ocasión para decir, tirando una indirecta a su marido:

—¡Pobre don Severino...! tan cabal, tan fiel, tan buen marido...

Y la viuda:

—Eso, sí; como fiel y buen marido, era lo que se dice, sin hacer de menos a nadie, un modelo... En veinticuatro años de casados, ¡ni un disgusto!

Y volvieron a llorar un poquitín casi todos los presentes.

MANUEL ABRIL

UN TRUQUISTA

—Señor empresario, no ponga esa cara y escúcheme. A lo mejor, el autor que menos podía usted imaginarse, le trae un carro de billetes del Banco representado por un montón de cuartillas.

—Eso dicen todos y luego me endiagan cá birria.

—Es muy natural su desconfianza, sí, señor. Hay muchos osados que se creen elegidos de la diosa Talía para regenerar el Teatro y luego escriben con hache el verbo echar.

—Oiga, que yo también lo escribo con hache.

—Porque usted es empresario y escribe como le da la gana, que para eso tiene un teatro y es el amo y a nadie tiene que darle cuenta. Usted está a margen de la ortografía porque tiene usted un talento financiero envidiable, y no crea que es una pelotilla que le hago. Hombres como usted entran pocos en libra.

—Ya está usted buen cobero.

—Soy justo. Digo siempre lo que siento, y usted es un hombre superior que cuando conozca mi zarzuela y el truco que en ella he introducido se convencerá de que le traigo la sucursal del Banco de España y no me dejará que me lleve la obra.

—Hombre, despierta usted mi curiosidad.

—Ah, pues cuando conozca mi obra se despertará su entusiasmo, llamará al mejor escenógrafo y al sastre más caro y les encargará cuanto necesite mi revista.

—Ah, pero ¿es una revista? Me escamo. ¿El libro es de usted solo?

—Verá usted, es y no es, porque, aun cuando lo he escrito yo, si al leerse o se le ocurre a usted algún chiste, aunque sea una gansada o una burrada, la obra, desde este momento, es de usted y mía.

—Hombre, no me parece mal la idea.

—Y como tengo la seguridad de que oyendo la lectura de mi obra se le ha de ocurrir a usted alguna atrocidad con mucha gracia, desde este momento puede decirse que el libro es de usted y mío.

—Conformes. ¿Y la música?

—La música es de un chico que empieza y que está muy bien; pero como no tiene nombre, en el momento en

que se anuncie al pie del cartel que se va a estrenar la revista en este teatro, se la ofrecemos a un músico de esos que no duermen el día que no ven su nombre en diez carteles de otros tantos teatros, y tengo la seguridad de que firma la obra. Por eso no se apure usted. Hoy está de moda el faquirismo.

—¿Eso qué es?

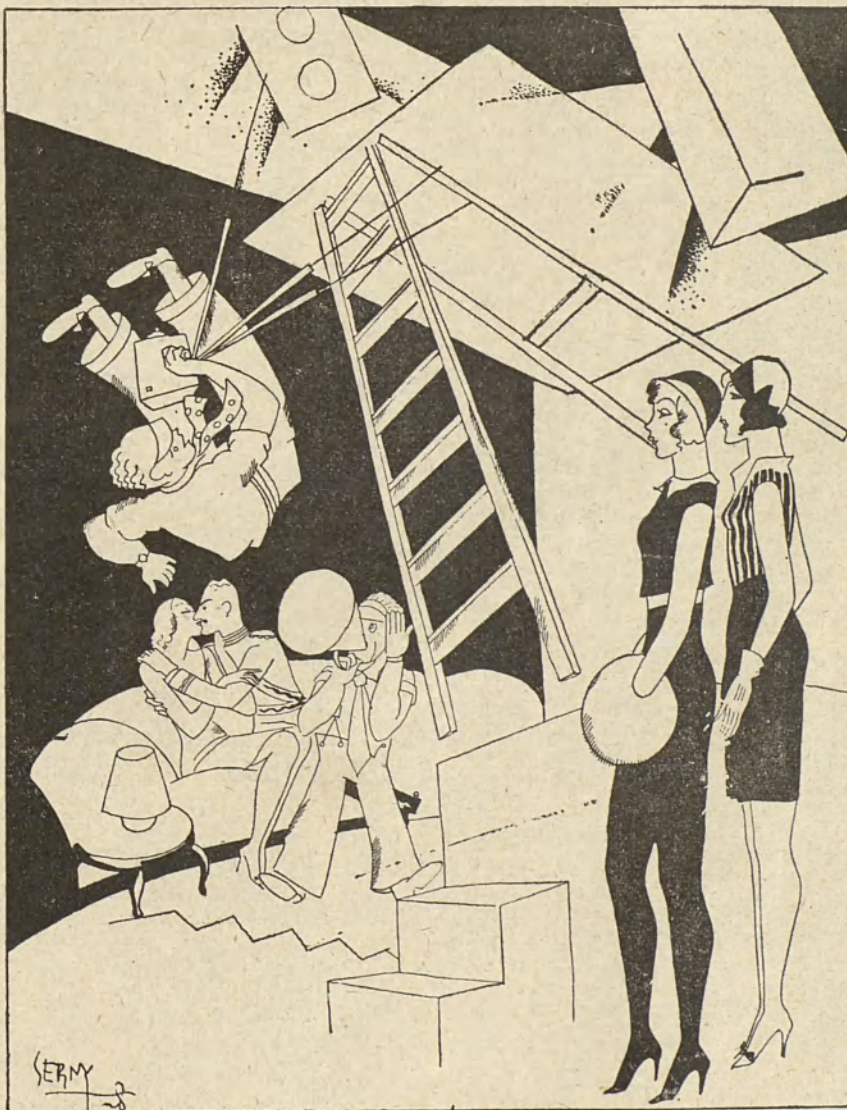
—Un oficio descansado: cobrar lo que otros producen. Al que hace eso se le llama faquir, o sea que vive sin trabajar.

—No es ningún tonto el que practica ese sistema.

—Fácil y productivo.

—Bueno, vamos a conocer esa revista y si se me ocurre algún chiste ya se lo diré pa que lo apunte.

—Usted diga la primera tontería que se le ocurra. No tenga usted inconveniente en soltarse el pelo y empezar a decir atrocidades que, a lo mejor, un chiste oportunamente colocado puede ser causa de un éxito. Escuche usted. Se titula "La caída de la hoja". Revis-



El director de escena al operador que se cae.—¡Pero, oiga! ¿Quién le ha dado permiso para rodar tantos metros?

Dib. SERNY.—Madrid

ta en un acto y siete cuadros en prosa, original...

—¿Se ha acabado ya?

—Sí, señor. He terminado la lectura de la obra.

—Pues yo no veo por ninguna parte ese éxito tan fenomenal que usted espera tener con ella.

—Usted no se ha fijado en el truco que tiene.

—¿Qué truco?

—¿Ve usted? No me extraña, porque estaba usted medio dormido. Pues en el final, cuando la tipa que representa a España sale vestida con los colores nacionales y canta su parte que dice:

La bandera, la bandera
de mi nación,
del color de la manzanilla
de Sanlúcar; no de Castilla,
no haya una equivocación,
y del color del vino tinto
sin sifón.

Bueno, pues, cuando termina esta parte, se adelanta el dios Mercurio y dice:

Señores, un momentito:
Yo permitiros no puedo
que sigamos adelante
sin que se honre al comercio,
que aquí está representado
por el importante gremio
del ramo de ultramarinos,
cuyos numerosos miembros
merecen que se les cante
el himno que yo he compuesto.
Cantemos todos, señores.
Venga música, maestro.

—Y ahora fíjese usted, señor empresario, en las pohecas que dice la letra del himno:

Viva, viva por siempre este gremio,
integrado por chicos muy finos,
y es preciso que otorguen un premio
a los incógnitos ultramarinos.

Ante el público están sonrientes,
a pesar de tener sabañones,
porque son todos los dependientes
más sufridos que guardacantones.

Desde antiguo su fuerte es el peso,
al que hacen bajar con la mano,
y su afán es diñarla con queso
al que sea mejor parroquiano.

Gloria, gloria a los irresistibles
bienhechores de la humanidad,
dependientes de los comestibles,
que es un artículo de primera necesi-

dad.

—¿Ah? ¿Qué le parece?

—Bien, pero ¿y el truco?

—¿No ha caído todavía?

—Confiese que no.

Es una
producción
de

LOS PERFUMES DE TASARA



OROCREMA

FAMOSO JABÓN DE ALMENDRAS

ÚSELO Vd!

Es el mejor tratado
de belleza de la piel



BADALONA

—Vamos a ver. ¿Cuántos comercios de ultramarinos cree usted que hay en Madrid?

—¿Qué sé yo! Muchísimos.

—Pues esa cifra de muchísimos multiplíquela usted por cuatro o cinco dependientes que tiene cada establecimiento de esos, y ya puede usted imaginarse los llenos que va a haber en su teatro sólo con el personal de las tiendas de comestibles que acuda a oír el himno.

—Pues es verdad. No había caído.

—Y hay más. Cuando la obra lleve cien representaciones, se organiza una función homenaje a la que se invita al presidente del gremio y a tres o cuatro tenderos, dueños de las más importantes tiendas de frutos coloniales; se escribe el himno en un artístico pergamino, se le coloca un bonito marco y al final de la obra, a los acordes de la Marcha de Cádiz

y del himno horteril, todos simultáneamente, se hace entrega del pergamino al presidente del gremio, se pronuncian varios discursos alusivos y se embolsa usted bonitamente el importe de un lleno, a precios dobles.

—Me parece acertado el truco.

—Pues todavía puede hacerse otro festival cuando la obra lleve doscientas representaciones. Un homenaje a la cocinera desconocida.

—¿A la cocinera?

—Naturalmente. Las mejores parroquianas de las tiendas de ultramarinos son las cocineras; así es que el homenaje consistiría en regalar un pedido para todo el mes a la cocinera que demostrase haber tenido más novios del gremio de comestibles.

—No está mal ideado.

—Pues aun puede hacerse otro homenaje cuando la obra lleve trescientas representaciones.

—Bueno, bueno, no siga porque, a ese paso, a la revista se le van a dar mil representaciones.

—Por falta de trucos no había de quedar. Con cambiar la letra del himno y hacer otra dedicada al gremio de cacharrereros; después otra al de taberneros; luego otra al de mercería, en fin, a todos los que existen, y por último, a la Cámara de Comercio, me parece que había tela cortada para unas temporadas.

—Se me ocurre una cosa: ¿Qué dirá de todo esto el público sano?

—Querido amigo, el público sano hace tiempo que no asiste al teatro.

GUILLERMO HERNANDEZ MIR



(De The Passing Show.)

El marido.—¿Es una obra que me hace pensar!

La mujer.—¡Sí; es una obra muy extraordinaria!

DEL BUEN HUMOR AJENO

¡DEMASIADO LUJO! por Michel Nour

Después de haber sido modestos propietarios de una tienda de ultramarinos, los señores de Moutardot son hoy multimillonarios. Para ello no hicieron nada de extraordinario; solo se aprovecharon de las circunstancias... Figuran entre los que actualmente se llaman nuevos ricos.

La señora Moutardot está muy orgullosa de su cambio de situación y trata de rodearse del mayor confort. Una gran ambición ha nacido en su cerebro mediocre: quiere ser una dama del gran mundo. Las costosas *toilettes*, las joyas, el automóvil no le bastan ya. Tiene un salón que ha amueblado con lujo inusitado, del cual está encantada. A todo el que lo ve le dice: Este taburete me ha costado 1.800 francos y esta consola 15.000. El sillón en que está usted sentado no se queda atrás en precio... Con esto la señora Moutardot es feliz.

Por lo menos lo era, porque su última adquisición le ha causado una cruel herida en su amor propio... Era un piano. La señora Moutardot sabe que un piano es un mueble de lujo que se coloca en el sitio de honor del salón, porque eso "hace rico".

No ignora que, accesoriamente, es un instrumento que sirve para tocar música y suplir el jazz band cuando se baila el charleston o el black bottom. Pero como ella es incapaz de distinguir un Fa de un Sol, está inquieta por las cualidades armoniosas del piano. Fiel a su costumbre, ha comprado el más caro. También, al enseñárselo a su amiga señora Chalumeau, cuyo marido ha logrado hacer fortuna con las mantecas y los quesos, pensaba despertar en ella una admiración envidiosa. Pero la señora Chalumeau, nada sorprendida, díjole con un tono de superioridad muy impertinente:

—Sí, no está mal. Pero los hay mejores...

—¿Que los hay mejores?... ¡Pero si he comprado el más caro! ¡Si me ha costado 8.000 francos!

—Entonces no me extraña. A mí el mío me costó 12.000; ahora que es un piano de cola.

Muy molesta por esta revelación, la señora Moutardot no respondió nada y ordenó que le sirvieran una

copa de Porto legítimo, del cual se olvidó decir el precio.

Tan pronto como se hubo ido la señora Chalumeau, se precipitó a la tienda de pianos y le dijo al dueño:

—Estoy muy ofendida con usted por la manera de servirme. ¿Es que se creía usted que éramos unos desgraciados que no podíamos pagar más y que nos preocupaba el gasto?... Haga usted el favor de mandar por el piano.

El comerciante se quedó boquiabierto.

—¿No está usted contenta? Sin embargo tiene una sonería maravillosa...

—De eso se trata precisamente. ¿Es que se admira la voz de una cantante cuando no lleva una *aigrette* de diamantes y un collar de perlas?...

—Su piano es de lo mejor; tiene incrustaciones...

—Será verdad, pero es ridículo.

—¿Ridículo?

—¡Sí, hombre; no tiene cola!

—Usted ha comprado un piano derecho...

—¿Qué me importa a mí que sea derecho o torcido para que se le considere inferior a los demás!... Puesto que es el gran lujo tener un piano de cola, hay que ponerle una al mío...

El comerciante se quedó mudo de

estupefacción. Pasado un momento, dijo:

—Pero, señora...

—No, no admito observaciones. Ya sé yo lo que me digo. Como usted no ignora, he sido también del comercio... Pagaré lo que sea.

La señora Moutardot continuó, mientras el comerciante permanecía estupefacto:

—¡Atreverse a venderme a mí un piano sin cola! Oiga usted, ¿no podría ponerle dos? ¿Una a cada lado? Eso haría más efecto... Y se vería más que yo no he titubeado en el precio. ¿Qué le parece a usted?

El infortunado comerciante no se atrevía a decir nada; pero fué a contar su aprieto al señor Moutardot, quien, declarándose incompetente, lo envió a su yerno.

Este, gozoso de jugar una mala partida a su suegra, mandó que colgasen a ambos lados del piano dos rabos de buey de los más largos, asegurando a su mamá política que eso era el verdadero lujo, mejor que las colas de madera.

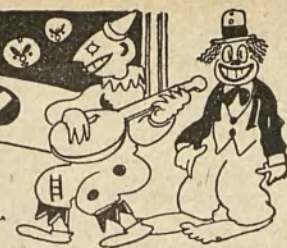
Las risas que produjo la idea del yerno en la primera *soirée* que se dió en la casa fueron interminables. La suegra no comprendió la broma y sufrió un ataque de nervios, que luego dijo era también el mayor que había tenido nadie.

G. P.



—Mr. Brown: mi gato ha pasado toda la noche en su palomar, y como no ha parecido por casa, ¿quiere usted ser tan amable y ponerle este plato de leche, que es su desayuno habitual?... (De London Opinion.)

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en uno aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

—Has cometido una imprudencia dando a ese amigo tuyo las señas de mi casa.

—¿Es acreedor tuyo, acaso?

—¡No; pero con el tiempo puede serlo!

Agustín Quintela.—Madrid.

Ricardo, que se ha casado con una viuda, habla de su cara mitad.

—¿Cómo la mitad?—le pregunta un amigo.

Quedé ayer mal con Antonio; ya le he mandado "a la porra", pues se empeñó en no comprarme un sombrero de LA HORRA.

La Horra Montera, 15 y 17. Fuencarral, 26.

—¿Pues cómo quieres que la llame?

—Si tu mujer ha sido la mitad de otro, tuya no será más que la cuarta parte...

Tandelinas.—Oviedo.

Movimiento de personal.

Un empleado.—¿Sabes que al cadavérico le han dado por fin un cargo honorífico?



—Mira qué bien se conserva doña Facunda.

—Es verdad; está tan fea como hace diez años.

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha correspondido al siguiente:

En la enfermería de una plaza de toros, el médico reconoce a un novillero al que el toro le ha dado un palizón, y dirigiéndose al mozo de estoques, le dice:

—Tiene una contusión en el recto, una herida en el triángulo de Scarpa, otra en el ángulo de la mandíbula y la fractura completa del radio.

El mozo de estoques, dirigiéndose al matador.—Dice que estás herido en el recto, en el ángulo, en el triángulo y en el radio.

El matador, aparte, dirigiéndose al mozo de estoques.—¿Pero este gachó es er médico o es argún geómetra del catastro?

Jesús Sáez.—Pinela Trasmonte.

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

EL INMEJORABLE PAPEL DE FUMAR



OZONOPINO

Ruy-Ram

Otro empleado.—¡Pero si se ha muerto esta mañana!

El primero.—¡Pues por eso mismo!

El segundo.—No entiendo...

El primero.—Sí, hombre; le han colocado en la caja.

Enrique Soto y Soto.—Madrid.

Entre vecinas:

—Oiga, señora Justa: ¿su marido es albañil o carpintero?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque lo acabo de ver ahorcado con un tablón que no podía moverse.

Alberto Jens.—Algeciras.

En un juicio:

El juez, a un testigo.—¿Usted qué profesión tiene?

El testigo.—Yo labrador, para servirle a usted.

El juez se dirige a otro testigo.—Y usted, ¿qué oficio tiene?

El testigo.—Yo hago albardas, para servirle a usted.

Ki-ki-to.—Zaragoza.

En el cuartel:

El teniente.—¿Cuántos soldados duermen en esta compañía?

El imaginaria.—Denguno, mi teniente; no se pué parar de chinches...

Tercos.—Sangüesa.

Entre amigos:

—¡Ay, Julio! Tengo un grano en esta pierna que me molesta muchísimo.

—Eso no es nada; más tengo yo, y no me quejo.

—¿Dónde les tienes?

—En el bolsillo.

Clinio Gutiérrez Garrote. San Sebastián.

En la cárcel:

El abogado defensor.—Pero, hombre, ¿a quién se le ocurre hacer billetes falsos?

El falsificador.—¿Pero usted sabe lo difícil que es hacerlos buenos?

Hércules.—Enguera,

—¿Qué aeroplanos son más seguros: los de ala corta o los de ala larga?

—Todos iguales, pues "a la" corta o "a la" larga todos se estrellan.

Trini.—Zaragoza.

Dos frescos viajaban en un ferrocarril sin billetes. En el departamento entró el revisor, y, dirigiéndose a uno de ellos, le pidió el billete.

—Soy oficial de la Armada—le contestó.

El revisor, un poco escamado, se dirigió al otro y le preguntó: —¿Y usted?

—¿Yo? Soy oficial de la que se va a armar.

Quico.—Sevilla.

De actualidad.

En un despacho de hielo entra una señora, y con franqueza le dice al empleado lo siguiente:

—A ver si adivina usted lo que encontré en el hielo que le compré ayer.

El empleado. — No acierto; pero supongo que no será la tripulación del Italia.

M. Torregrosa.—Alcoy.

Entre amigos:

—¿Sabes? El abogado de la condesa se ha vuelto loco.

—¿...?

—Sí; ha perdido el juicio.

Angel de los Santos.

Almadén (Ciudad Real).

—Oye, Celipe: ¿cómo distingues tú los gallos viejos de los jóvenes?

—¡Por los dientes, maño!

—Pero, oye: ¿tienen dientes los gallos?

—¡No; pero los tengo yo, que pa el caso es igual!

Teodoro González (el Mecachis).

Santoral extraño.

Viajando por Francia un catalán, le tocó cierto día almorzar en la mesa redonda de una fondueca en donde no reinaba precisamente la abundancia.

Al aparecer una fuente con chuletas, uno de los comensales dijo: "¡Sans compliment!", y se apoderó de la mayor. "¡Sans cé-

rémonie.", exclamó otro, imitándole.

Y nuestro catalán, pensando que tenían allí la costumbre de hacer invocaciones piadosas antes de servirse, y temiendo, sobre todo, que le dejasen sin nada, dijo: "¡San Felíu de Guixols!", e hincó su tenedor, dando caza a la chuleta correspondiente.

Carlos Augusto Rico.—Oviedo.

Estando todos los animalitos en el primer piso del arca de Noé, oyeron un estruendo tremendo en el techo.



—Esta es la mejor habitación del castillo. Esos trofeos son recuerdo de mi última cruzada a Jerusalén.

(De London Opinion.)

—¿Qué será?—dijo un piojo a un elefante, sobre cuyo lomo estaba—. Convendría avisar a la jirafa para que nos saque de dudas.

Llamaron todos a la jirafa, rogándole mirase lo que ocurría en el piso superior por una trampa que en el techo había; y elevando aquella su largo pescuezo, lo metió por la susodicha trampa para volverlo a sacar y, con cara de horror, decir al auditorio:

—¡Ya os podéis preparar!

¡El ciempiés se está quitando las botas!

Galo de Pérez (Chindasvinto). Bilbao.

En una sillería:

—Muy buenas tardes. ¿Quiere usted hacer el favor de decirme si es aquí donde hace falta un aprendiz?

—Sí, señora, aquí es.

—Bueno; pues como he leído en el periódico el anuncio que usted ha puesto, aquí le traigo a mi chico.

El sillero (al chico).—¿Usted ha trabajado en algún sitio?

CUPON

correspondiente al número 356 de BUEN HUMOR

que debiera acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

Uno.—Chico, acabo de ver cuatro águilas volando.

El otro.—¿Y eran reales?

El primero.—No, porque no tenían el agujero en el centro.

Eduardo Ahijado.—Madrid.

Un criado inocente.

—¿Está la señorita Consuelo?

—Sí, señor, pero está en el baño.

—Pues necesito verla.

—Mire usted por el ojo de la llave...

Angel de Castilla.

Un obrero que estaba en constante armonía con el morapio, cayó estando trabajando desde un tercer piso, siendo auxiliado inmediatamente por sus compañeros, los cuales, como alivio, le ofrecieron un poco de agua. El desgraciado, después de beber un sorbo, y casi moribundo, les dice fatigosamente a sus amigos:

—¡Ay, mi madre! ¿Desde dónde me tendré que caer yo para que me déis vino?

Uno que no tiene tupé. San Sebastián.

En un examen:

—¿Cuándo murió Carlos I?

—Lo ignoro. Ni siquiera sabía que hubiese estado enfermo.

Luis Güez.—Madrid.

—¿En qué se parece una corrida de toros a una codorniz enjaulada?

—En que es una be-cerrada.

Rubiales.—Carabanchel Bajo.

—¿En qué lugar del mundo son las santas más pequeñas?

—En las Antillas.

Ubaldo Gómez R.—Orense.

Correspondencia muy particular



Q. R. L. (Aranjuez).—No sirve su trabajo titulado *El encendedor diabólico*... Lo sentimos hasta el paroxismo por tratarse de un caballero, como usted, modosito y no muy adinerado, y que domina la taquigrafía de un modo casi tiránico y cruel.

Peñita (Soria).—Esa aventura nocturna de doña Micaela Pérez es, por desgracia, una narración más vieja que el traje que tenemos puesto en el momento de escribirle a usted estas cortas líneas. ¡Rejuvenezca usted su facultad creadora, o de lo contrario perecerá usted literalmente antes de nacer!

Siul Zerep. Dilodallav.—¡Orrub!... ¡Atoidi!... ¡Licb-mil!... ¡Odiputse!... ¡Oreda-jam!...

¿Está claro esto, don Luis?

F. C. H. (Madrid).—Sus dos cuentos, escritos en papel cebolla, no valen un ajo. Aquí admitimos lo que está bien, sencillamente, sin limitación de estilos, rumbos estéticos, formas, clases, etc. Basta con que nos hagan gracia, que, ¡ay, dolor!, es lo más difícil de todo.

El emigrado manchego (Jerez de los Caballeros).—No sirve.

Lola (Madrid).—Bellísima y charlestonica señorita: hemos leído sus voluptuosas y encantadoras cuartillas con una emoción que se habría usted sobrecogido de espanto si nos hubiera visto. Está tan bien, tan monumentalmente bien, que de ninguna manera las publicamos. Tendríamos celos, unos celos terribles, de que otros ojos las contemplaran, de que otros labios las deletrasen, de que otros corazones se conmovieran con ellas. ¡Y eso no, no, y mil veces no!! ¡Esas cuartillas no verán la luz jamás!! ¡Esas cuartillas son para nosotros solitos!! ¡Pa-

ra nosotros exclusivamente!!
¡¡Para nosotros nada más!!...
¡¡Para el público, nunca!!

Parejo (Burgos).—Lo contestaremos a usted, si no tiene inconveniente (y si lo tiene, también), con un cantable de una zarzuela casi clásica, que dice así:

“¡Buenas noches, señores!
yo soy Parejo.
Del pelotón de torpes
soy el más viejo.”

¡Catapún, catapún, chín, chín!
¡Pim!!

B. M. S. (Madrid).—¡Es usted más desgraciado que los pantalones de un cojo!... Nos mandó usted un artículo en elogio de los tripulantes del Italia, precisamente el día en que el general Nobile fracasaba en su frígida empresa... Y ahora se le ocurre a usted dedicarnos un cuento guarrete y algo cochinete en el momento en que la Sociedad de Naciones anda cavilando en la manera de perseguir la pornografía y la tinta verde. Comprenderá usted que no le queda otro camino que gemir amargamente al unísono de los sollozos que está lan-

zando Alvaro Retana en la dura prisión celular, por una razón parecida.

Alfis (Madrid).—Queda enérgicamente admitido su leve artificio del viaje al Congo belga. Se publicará y se le anticipa la enhorabuena, acostumbrada en esta casa por dictados de nuestra galantería, que es proverbial hasta el Cabo de Buena Esperanza.

N. D. B. (Murcia).—Un poquito ingenua esa aventura de Tenorio y Mejía. Si tuviese algo más de gracia...

Un gato de Madrid.—¡A ver ese gato! ¡Que se vaya! ¡Zape!!

P. M. S. (Bilbao).—Su poema *El barco* nos ha mareado. Pero, en justa represalia, el velero barquito ha naufragado en aguas de Cestona.

L. P. (Barcelona).—Eso de la mona del inglés es un cuento más provecho más achacoso y más anticuado que la creación del Universo. Se lo atribuyen a Carreño, a Granés,

a Ricardo de la Vega, a Quevedo, a Villamediana, a Ataulfo y a San José de Calasanz. Pero le podemos jurar a usted que, a nuestro sublime padre Adán ya le daba vergüenza utilizar el chascarrillo delante de los amigos, porque es que todos se lo sabían de memoria.

L. G. H. (Valencia).—Hasta el cesto ha rechazado su trabajo.

L. Güez (Madrid).—El chiste saldrá, pero el dibujo no podrá acompañarle en su salida, por la eminente razón de que no está para presentarse en público.

E. D. B. (Bilbao).—Es amargo y desconsolador en extremo el principio de su lamento poético:

“La mujer que yo quería,
la más hermosa de Algorta,
pudo ser y no fué mía...”

... ..
Bueno, ¿y a mí qué me importa?

Y esto último, además de decirlo yo, lo dice toda la Redacción de BUEN HUMOR. Debió usted haber andado un poco más vivo, y no tendría usted ahora que lamentarse en público de un fracaso tan vergonzoso.

Canseco. Magallanes (Chile).—No son aprovechables sus *Camelos sudamericanos*.

Han salido para “Cestona”. Los distinguidos amigos y compañeros en Prensa, señores y señoras Gui-Gui, Larruy, Acevedo, Judiz (Sevilla), Fersevi (Tetuán), V. Hernández (Madrid), Aurelio Nadal (Palma de Mallorca), M. M. (Alicante), J. Concejo (Valladolid), Mendo (Madrid), M. Adán (Valencia), Franquillo (La Granja) y Quico (Sevilla), todos ellos autores de sendos dibujos que no han logrado plenamente acertar a dar con nuestra fibra sensible.



—En este vaso de leche hay un escarabajo.
—¡Es verdad! Voy a traerle a usted una cuchara.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

Talleres PRENSA NUEVA.—Calvo Asensio, 3, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



Dib. PILAR.—Madrid.

—Me han dicho que su hija está en el hospital de San José desde hace seis meses. ¡Pobrecilla! ¿Qué tiene?

—Cinco pesetillas diarias como enfermera.

Ayuntamiento de Madrid